

El Mercurio Valenciano, Valencia, 1 setiembre)

Los antistatistas. - Costa y Camo.

"La Lucha", Barcelona, [4 septiembre]

1918

Hace pocos días veíamos en la ciudad de Huesca la estatua elevada al dechado de los caciques provinciales, a don Manuel Camo. La estatua como obra de arte es deplorable; pero los admiradores fervorosos de Camo y los que con ese monumento han querido pagarle deudas de gratitud, y no intelectual, no nos parece que sean muy exigentes en punto a bellas artes. No se trataba, además, de erigirla, de enriquecer artísticamente la ciudad de Huesca o de embellecerla; tratábase más bien de que aquel bloque de bronce y piedra pesase sobre ella como pesa la memoria y el legado político de aquel a quien representa. La tal estatua es un símbolo del liberalismo — ¡así se le llamó! — oscense y del de toda la España electorera; del liberalismo del boticario que protegió a Castelar sin ser por ello ningún Mecenas.

Decimos que no se le guardará a Camo gratitud intelectual porque ésta es la que se le guarda a quien nos ha enriquecido en algo la inteligencia, y Camo, que prodigó favores a particulares y hasta los hizo públicos, como construir carreteras, no sabemos que aumentara ni con una sola idea viva nueva el caudal de las ya existentes en su tierra nativa. Y así llegará día, muertos los que recibieron sus favores, en que al contemplar la estatua se preguntarán los oscenses quién fué él en ella inmortalizado. A falta de un Homero le faltará a ese



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Aquiles del caciquismo un monumento más duradero que el de bronce «ære perennius», cual es el que un escritor — historiador o poeta — levanta con palabras que expresan ideas.

Este otro monumento lo tendría Camo si Costa, que se inspiró en su caso principalmente para las páginas de fuego en que trazó el cuadro del caciquismo español, lo hubiese nombrado. Porque es indudable que así como a Sarmiento el tirano Rosas, así a Costa fué el cacique Camo quien despertó la inspiración civil un tanto apocalíptica. Y muchas gentes por este Alto Aragón no se explican aún las campañas anticaciquistas de Costa sino atribuyéndolas a que quería suplantar a Camo y caciquear a su vez. No ya el motivo elevadamente político, mas ni aún el estético, tan fuerte en Costa, se lo pueden explicar estos montañeses más que positivistas. De Costa, del hombre, no guardan la mejor memoria. Los más ni lo conocieron siquiera. Y se preguntan a uno ingenuamente si hay algo de práctico y de útil en sus libros.

Al día siguiente de haber dejado





de ver la estatua de Camo en Huesca, vimos en Graus, en la carretera misma, la casa, de vulgarísimo aspecto, en que rindió Costa su último y anhelante respiro.

Cualquier intelectual ingenuo podría creerse que esta tierra está llena del recuerdo del profeta apocalíptico de la decadencia y el envilecimiento de la patria, de nuestro Jeremías. Pero no es así. Por aquí, fuera de algunos pocos devotos y de algunos administradores de su gloria póstuma y de los que hacen una especie de profesión de llamarse sus discípulos, se le conoce poco, muy poco, y mal, muy mal. Mucho mejor a Camo.

Y es ello muy natural. Es más fácil conocer a un hombre que a un ideal o a un libro. Y el hombre que se puede aprender a conocer leyendo los escritos de Costa es Camo más que el autor mismo.

La admiración a Camo es aquí general y profunda, sobre todo entre los que fueron sus adversarios políticos, y entre los que por entereza no quisieron rendirse a ser sus protegidos. Estornudaba el alcalde de último pueblo de la provincia, y Camo le decía por telégrafo: «Jesús!» Así nos decía un «mosén», un cura de uno de estos pueblecitos de Benasque. Y nos hablaba con admiración de cómo al día siguiente de unas elecciones estaba ya buscando votos para la otra.





En esta admiración a Camo y en este desconocimiento, cuando no desdén, hacia la obra de Costa, se pone al desnudo el sentido que alguien llamaría realista y nosotros llamaremos personalista de esta casta. En esta tierra en que la «casa» lo es todo — la «casa» tiene al dueño y no el dueño a la casa, — la idea carece de verdadero valor. Y acaso el colectivismo agrario que estudiaba Costa es, a pesar de ciertas apariencias, lo menos adecuado para estas gentes. Así como el caciquismo es su régimen natural. Por anarquismo, por recelo y hostilidad al Estado. Camo explotó al Estado a favor de su provincia — suya, — y Costa hablaba demasiado de la «Gaceta», en la que siempre conservó fe; pero en el fondo uno y otro, cada uno a su manera, fueron antiestatistas y hasta anarquistas. Y por eso uno y otro, cada uno a su manera, se decía: ¡el Estado ¡soy yo!

¿Hubiera sido posible que de no poder fundirse en uno se hubieran entendido? Costa le hubiera servido a Camo más que Castelar; pero Camo no le serviría a Costa.

MIGUEL DE UNAMUNO

